

Ni culpable ni inocente



por Norberto Laterza
nlaterza@revistapalermo.net

Puede ser doloroso, de hecho lo es, pero es innegable la caída de la actividad hípica desde hace ya unos años. Poca gente en función de lo que el espectáculo brinda, menos asistencia a un lugar donde la gente joven puede disfrutar de los caballos, poco reconocimiento a los que el turf otorga tanto en mano de obra como en impuestos y sobre todo casi nula información sobre la industria. De esa manera es imposible pretender que las acciones levanten y el público agregue un poco de oxígeno a la actividad.

Hace muy pocos días, luego de correrse la serie de las Carreras de las Estrellas muchos me preguntaban hasta donde podía seguir siendo el turf el antiguo deporte que era, tener el entusiasmo que precedía a cualquier reunión y sobre todo a las especiales y porqué se lo había dejado caer tanto a sabiendas que había que competir desde el punto de vista lúdico con oponentes de grueso calibre. Incluso muchos aventuraron que cuando la generación de los “veteranos” hiciera mutis por el foro no iba a quedar nadie para sustentar una industria que le permite comer a mucha gente, yo incluido.

No pude contestar cada una de las preguntas pero si sacar algún análisis apelando a lo que no se hizo, a la perniciosa intervención del Estado y a la falta de previsión de nuestra parte (y hablo de los que pudieron realizarlo) para poder tener una empresa que funcionara sin entrar en el tobogán en el que nos encontramos.

No darse cuenta que los verdaderos sostenedores de las carreras, desde hace ya mucho tiempo, son los jugadores y no los que van a

pasar el día, ha sido un crimen de lesa turf. Esperar que las cosas se mantuvieran como antaño solo con los criadores, propietarios y profesionales, ha sido una utopía increíble de entender cuando se le dio vía libre a la quiniela, los bingos y los papелitos ofreciendo fortunas si se aciertan jugadas que necesitan un milagro para acertarse y sobre todo poner casinos al alcance de la mano. Fueron un fuerte grito de alerta, pero en la hípica lo que sobran son sordos.

Ahora bien, cuál fue el papel del Estado para sostener una política que respondiera a las cláusulas de nuestra constitución en su mandato sobre “fomentar el desarrollo de la raza caballara”, ninguno. Su única misión a través de las Loterías fue recaudar y complicar todo por malas administraciones e ignorancias del tema. No debieron confiar, el Estado no ayuda, dar los subsidios no ha sido un remedio sino tirarle un adoquín intentando cubrir también su falta de visión en el momento en que debía hacerlo. Como darle anteojos luego de quedarse ciego.

¿Pero que tal lo que hicieron los dirigentes del turf?, muy poco, su falta de criterio a la hora de evitar contradicciones internas y distraerse en disputas que no cambiaron nada, se quedaron quietos. Lo que reciben ahora para subsistir es en sí mismo un castigo a su inhabilidad. Cuando todo debió haber finalizado en entes autárquicos donde la hípica hubiera tomado las medidas para achicarse o no, y disponer de sus propias ideas para afrontar los problemas, le agarró la parálisis. Muchas reuniones, muchas promesas para al fin llegar a nada.

Como colofón valen las palabras del presidente del Jockey Club, Miguel Crotto cuando habló de “falta de coraje” y agregó “Si queremos vender un producto serio no podemos hacerle trampa a nuestros clientes”.

Quizá no sea el mejor momento de echar culpas, pero tampoco somos inocentes.